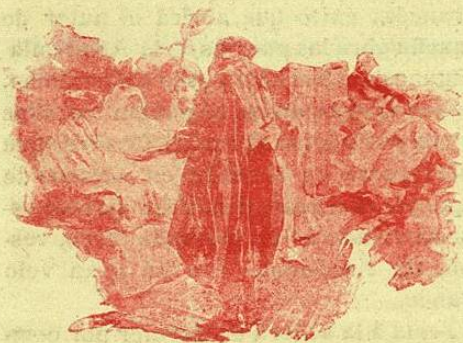


condenado después á no sé qué por inconsecuencias financieras. La caída del Imperio nos tenía preparadas muchas sorpresas; y este camino real que se llama la vida de París ofrece á veces vueltas y recodos muy singulares.



MI TAMBORILERO

Estaba yo una mañana en mi casa todavía en la cama, cuando llamaron á la puerta.

—¿Quién es?

—¡Un hombre con una caja bastante grande!

Creí que se trataba de algún encargo remitido por ferrocarril; pero en lugar del esperado mozo de la estación, se me presenta, en la semioscuridad de aquella mañana de Noviembre, un hombreci-

llo con el sombrero redondo y la blusa corta de los pastores provenzales. Ojos muy negros, mirada recelosa y dulce, expresión de candidez y de obstinación al mismo tiempo, y medio perdido entre los pelos de unos bigotes muy espesos, un aliento perfumado de ajos y un acento extraordinariamente meridional. El hombre me dijo:—Soy Buisson.—Y me entregó una carta, en el sobre de la cual reconocí en seguida la bonita, menudísima, regular y tranquila letra del poeta Federico Mistral. La carta era corta.

«Te envío al amigo Buisson; es *tamborilero* y va á exhibirse en París; guíale »

¡Guiar á un tamborilero! ¡Esta gente del Mediodía no se pára en barras! Cuando hube leído la carta, me volví hacia Buisson.

—¿Conque es usted tamborilero?

—Sí, señor Daudet: el mejor de cuantos hay; va usted á verlo.

Y salió en busca de sus instrumentos, que había dejado discretamente en el recibimiento, detrás de la puerta; una caja cuadrada y aplastada, y un gran cilindro envuelto en un pedazo de sargá

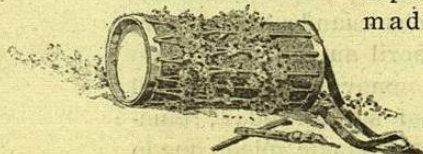
verde, ymu y parecido, por las dimensiones y por la forma, á esos cilindros de barquillero, monumentales, que llevan por esas calles algunos mercaderes ambulantes. La cajita aplastada contenía el pito, la primitiva flauta rústica que hace tu... tu... tu... mientras el tamboril hace pan... pan... El cilindro envuelto en el pedazo de tela verde, era el tamboril.

¡Qué tamboril, amigos míos! Se me saltaron las lágrimas cuando lo vi desembalado: un tamboril auténtico del siglo de Luis XIV, conmovedor y ridículo al mismo tiempo por su enormidad, refunfuñando como un viejo de miedo que lo toquen, de nogal fino adornado con tallados, pulimentado, afinado, ligero, sonoro y como ablandado por la acción del tiempo.

Serío como un Papa, Buisson se cuelga el tamboril del brazo izquierdo, coge el pito con tres dedos de la mano izquierda (indudablemente habréis visto la postura y el instrumento dibujados en algún grabado del siglo XVIII ó en algún plato de Vieux-Moustier) y manejando con la mano derecha el palillo con punta de

marfil, golpea el enorme tambor, que con su timbre temblón, con su zumbor continuo de cigarra, marca el compás y hace el acompañamiento de bajo al chillar agudo y alegre del piño. ¡Tu... tu!... ¡pan... pan!...

París estaba lejos, y el invierno también. ¡Tu... tu!... ¡pan... pan!... ¡Tu... tu!... Mi cuarto me parecía bañado por un sol espléndido y perfumado con suaves



olores campes-
tres. Créame
transportado
á Provenza,

allá á orillas del mar azul, á la sombra de los álamos del Ródano; al pie de las ventanas oía yo serenatas, me imaginaba que cantaban coplas de Noche Buena y que bailaban al aire libre; y creía ver desenvolverse la farándula bajo los plátanos llenos de hojas de las plazas de las aldeas, sobre el polvoriento suelo de las carreteras, en las faldas de las colinas, desapareciendo para volver á aparecer cada vez más entusiasmada y enloquecida, mientras el tambo-

ril sigue con paso lento é igual, como quien está seguro de que el baile no ha de dejarse á la música en el camino, grave y solemne y cojeando un poco al hacer ese movimiento de rodilla que le es necesario para echar hacia adelante su instrumento á cada paso que da.

¡Todas esas cosas en una tocata de tamboril!

Si: y muchas otras que tal vez vosotros no hubierais visto, pero que yo sí veía. La imaginación de los provenzales es así; es de yesca y se inflama pronto, aunque sean las siete de la mañana. Mistral había hecho bien en contar con que yo me entusiasmara. Buisson también se exaltaba. Me relató sus luchas,



sus esfuerzos y la de manera cómo había evitado, cuando ya estaban en mitad del camino, que el pito y el tamboril desaparecieran.

Parece que unos bárbaros querían perfeccionar el pito añadiéndole dos agujeros... ¡Un pito con cinco agujeros! ¡Qué sacrilegio! Él se atenía religiosamente al pito de tres agujeros, al pito de sus antepasados, y no tenía miedo á nadie, pudiendo apostar con cualquiera á quién lo tocaba mejor, por lo que respecta á lo untuoso de los ligados y á la vivacidad de las variaciones y de los trinos.

—Esto se me ocurrió—decía con ademán modesto y vagamente inspirado, con ese acento particular que haría cómica la más conmovedora de las oraciones fúnebres;—se me ocurrió una noche que estaba yo sentado al pie de un olivo oyendo cantar á un ruiñeñor... y dije para mi capote: ¡Cómo, Buisson! ese pájaro que ha hecho Dios canta así, ¿y lo que él hace con un solo agujero no lo habías de poder hacer tú con tres?

La frase es tonta; pero aquel día me pareció deliciosa.

Un buen meridional no goza completamente de sus emociones si no las comparte con otros. Yo admiraba á Buisson y necesitaba que lo admirasen los demás. Y ahí me tenéis correteando por París, paseando á mi tamborilero, presentándolo como un fenómeno, reclutando amigos, organizando una velada en mi casa para que le oyesen.

Buisson tocó, contó sus luchas y sus esfuerzos para perfeccionarse en el manejo de los instrumentos; repitió aquello de que la idea de hacerse un maestro se le había ocurrido una noche que estaba oyendo cantar á un ruiñeñor, y mis amigos hicieron como que se asombraban de tanta habilidad y maestría.

Aquel era el primer paso. Tenía yo por entonces una obra en ensayo en el teatro del Ambigu, una obra provenzal. Hablé de Buisson, de su tamboril, de su pito, á Hostein, que era el director, y ya supondréis la elocuencia con que lo hice. Ocho días seguidos estuve calentándole la cabeza, hasta que al fin me dijo:

—¿Por qué no metemos á vuestro tamborilero en la obra? Falta una cosa que

llame la atención, y eso tal vez pudiera ser el medio de asegurar el éxito.

Estoy seguro de que el provenzal no durmió aquella noche. Al día siguiente montamos los tres en un coche, él, el tamboril y yo, y á las doce y cuarto de la mañana, hora marcada en el cartelillo de anuncios de ensayos, desembarcamos en medio de un grupo de desocupados, curiosos al ver aquella extraña máquina á la puertecilla falsa que, como en todos los teatros, aunque sean los más lujosos, sirve de entrada, poco triunfal, á los autores, á los artistas y á los dependientes de la casa.

—¡Dios mío, qué oscuro está esto! murmuraba el provenzal mientras pasábamos por el largo corredor húmedo y frío, como son los de todos los teatros.—¡Dios mío, qué frío y qué oscuro!

El tamboril parecía ser de la misma opinión y tropezaba contra las paredes á cada momento, en los escalones de la escalera de caracol, y tenía, cada vez que tropezaba, vibraciones y gemidos formidables. Al fin, como Dios nos dió á entender, llegamos al escenario. Esta-

ban ensayando. Es horrible ver el teatro así, en el secreto de su vida por dentro,



sin luces, sin adornos, sin la agitación, sin la vida, sin el afeite y la iluminación de por las noches: gentes atareadas, andando sin hacer ruido y hablando bajo;

sombras tristes como las que se mueven en el fondo de una mina. Olor á mohó y á escape de gas. Hombres y cosas que van y vienen y decoraciones fantásticamente mezcladas, todo color de ceniza, á la escasa luz de los quinqués y de los mecheros de gas empañados como lámparas Davy; y para hacer la oscuridad más profunda y más exacta la impresión del subterráneo, de cuando en cuando, allá arriba en el segundo, en el tercer piso, en la oscurísima sala, se abre la puerta de un palco, y como el orificio lejano de un pozo, deja entrar un poco de luz exterior.

Este espectáculo, nuevo para él, desconcertó un poco á mi paisano. Pero el mozo se repuso pronto y dejó valerosamente que lo colocaran solo, en lo oscuro, allá en el fondo de la escena, encima de un tonel que habían preparado para que se subiese. Con el tamboril allí, me hizo el efecto de dos toneles, uno encima de otro. En vano protesté, en vano dije:—En Provenza los tamborileros tocan andando, y no es posible ese tonel.—Hostein me aseguró que el tamborilero

era un tañedor campestre, y que el tañedor no se concebía en el teatro más que encima de un tonel.

¡Vaya por el tonel! Además, Buisson, siempre lleno de confianza, subido ya y luciendo habilidades de equilibrio, me decía:

—No hay cuidado; eso no le hace.

Lo dejamos, pues, con el pito en la boca, el palillo en la mano y detrás un telón de bosque, bastidores, poleas y cuerdas, y nos instalamos todos, director, autores y actores, en primer término del escenario, lo más lejos posible, para juzgar del efecto.

—Se me ocurrió, suspiraba Buisson en la oscuridad, una noche al pie de un olivo, oyendo cantar un ruiseñor...

—Bueno, bueno; tócanos cualquier cosa, le dije, aburrido ya de su cuento.

—Tu... tu... Pan... pan...

—¡Chist! Ya empieza.

—¡Vamos á ver el efecto!

¡Qué efecto, gran Dios, produjo en aquel escéptico auditorio aquella rústica música, temblorosa y penetrante como el canto de un insecto que chillase allá

en un rincón! Veía yo á los autores burlescos, siempre satisfechos al pensar en el fracaso de mi compañero, contraer irónicamente los labios; al bombero, colocado debajo de un mechero de gas, riéndose á más y mejor; el mismo apuntador, sacado de su ordinaria somnolencia por lo extraordinario del acontecimiento, se apoyaba en las dos manos, sacaba la cabeza de la concha y parecía de aquel modo una tortuga gigantesca. Cuando Buisson acabó de tocar, continuó contándonos su historia.

—...¡Cómo! ¿Ese pájaro canta así, y lo que él hace con un agujero no había yo de poder hacerlo con tres?

—¿Qué demonio dice ese hombre, preguntó Hostein, con su cuento de los agujeros?

Entonces traté de explicar el final de la cosa, la importancia de los tres agujeros en vez de los cinco, la originalidad que constituía el tocar los dos instrumentos á la vez.

—La verdad es, observó María Laurent, que eso, tocado entre dos, sería más cómodo.

Traté, para apoyar mi razonamiento, de bailar un poco la farándula sobre el tablado. Pero ni por esas; y entonces empecé á darme vagamente cuenta de la cruel realidad de que, para que los demás participasen de las impresiones, de los poéticos recuerdos que el tamboril evocaba en mí, hubiera sido necesario que el músico trajera á París la falda de una colina, un pedazo de cielo azul, un poco de la atmósfera provenzal.

—¡Vamos, muchachos, continuemos, continuemos!

Y sin volver á ocuparse del tamborilero, continuó el ensayo. Buisson no se movía de su puesto, seguro de su triunfo, creyendo de buena fe que tomaría parte en la representación.

Después del primer acto sentí remordimientos de dejarlo en lo alto del tonel, allá en el fondo, donde se destacaba vagamente su silueta.

—¡Vamos, Buisson, baja pronto!

—¿Voy á firmar el contrato?

El pobrecillo creía que había hecho un efecto formidable, y me mostraba su papel timbrado, su contrato hecho anti-